

Primera llamada: la realidad no despierta

Si alguien resucitara hoy en Alemania, Irak, China o Chile después de pasar treinta años en coma se sentiría como un extraterrestre. La historia y sus efectos especiales han convertido esas locaciones en algo muy distinto de lo que eran hace tiempo: planetas singulares. En cambio, si el paciente volviera en sí en México, se sentiría como un zombi al que le bastan dos tequilas para adaptarse y un tercero para desear volver al coma.

Nuestro balance de las últimas décadas no es afortunado. Se perdió la oportunidad de hacer grandes transformaciones y lo único que se organizó mejor fue el crimen. Las costumbres, los usos políticos y los desafíos siguieron siendo los mismos.

En el emblemático año 2000, la alternancia en el poder no trajo las modificaciones esperadas. Las causas de la discriminación y la desigualdad se discutieron mejor sin encontrar remedios. En otras palabras: tenemos más conciencia de lo que no se solucionó; se avanzó en el análisis de los problemas que, mientras tanto, se siguieron agravando.

México celebrará su bicentenario como nación independiente en terapia intensiva: los síntomas han sido diagnosticados con progresiva precisión, pero carecemos de otro remedio para el paciente que mantenerlo tal como está, asistido por máquinas y sondas que impiden la muerte sin que eso signifique la vida.

En las últimas décadas no hemos creado nada específico —ya sea fabuloso o tremendo— que distinga nuestro paso por la Tierra. Es obvio que usamos aparatos diferentes, pero ninguno tiene un sello vernáculo. El soterrado dramatismo de nuestra tradición es digno de la “guerra de baja intensidad” diagnosticada por el subcomandante Marcos. Una crisis embotellada al alto vacío, donde los problemas no se enfrentan: se aíslan y se olvidan.

No siempre es fácil recuperar los hechos en toda su riqueza. Entre las lecciones reveladoras que Jorge Ibarguengoitia obtuvo en sus clases de historia figuraban ciertas expresiones sin contenido alguno. Lo único que recordaba de la Guerra de Treinta Años era que había durado treinta años.

¿Cómo aborda la memoria el México de las últimas décadas? Un convincente refrán de la contracultura afirma que si te acuerdas de los años sesenta es que no estuviste ahí. A veces, la proximidad nubla más que la distancia. ¿Qué registro tenemos de un país donde salir de coma no implica enfrentar grandes noticias históricas?

Un *graffiti* en una barda llamó la atención del fotógrafo Paolo Gasparini. Alguien dejó ahí una firma rápida: “El Suplicante”. ¿De quién se trata? ¿Qué clase de respuesta espera para su reclamo? A través de la mirada, Gasparini ha ensayado el arte de contestar preguntando. Cada una de sus imágenes interroga la realidad para enriquecerla con algo que no estaba ahí. Su viaje por México cumple el doble cometido de ofrecer testimonio y crear un espacio de reflexión no ajeno al misterio. A veces, lo que vemos nos desconcierta por ser próximo y reconocible; a veces, porque permite múltiples interpretaciones.

En su viaje por el territorio mexicano, que abarca varios años de trabajo, Gasparini documenta y cuestiona; practica una súplica creativa: pide que el ojo vea con atención, que interrogue y construya un sentido para el caos y el asombro. Su rica secuencia de imágenes traza una suerte de letanía, palabra que viene de *lite*, “ruego”. No se trata, en este caso, de una búsqueda de lo sagrado, sino de una explicación para una realidad que desafía los argumentos convencionales, un caos que se articula mejor al ser mirado que dicho, un paisaje contradictorio y vivo, donde nada parece tener respuesta unívoca.

Un hombre escribió de prisa en una pared, un fotógrafo captó su urgencia. Testigos del desconcierto, ambos arrojan preguntas que acaso no tengan respuestas, pero no dejan de insistir en su tarea. El Suplicante recorre los caminos y sólo se detendrá cuando su interrogación sea innecesaria.

Gasparini ha registrado una realidad que generalmente percibimos como si estuviera fuera de foco. Hay tantas cosas en el campo visual mexicano que nos protegemos con la desatención. Borrarnos detalles para asimilarlos a una historia en la que conviene no estar demasiado atento.

Pero el fotógrafo no cierra los ojos: su bitácora de viaje revela que los escenarios que damos por conocidos incluyen más cosas de las que advertimos a primera vista.

Después del movimiento estudiantil del 68 y la matanza de Tlatelolco, México se convirtió en una nación que proclamaba el cambio sin obtenerlo e inauguraba invisibles modernidades. A principios de los años setenta, el presidente Luis Echeverría anunció la "apertura democrática". Por decreto, el país de la revolución institucional se convirtió en el país de la transición institucional. Las transformaciones se anunciaron y se pospusieron hasta confundirse con un colapso tan lento que parecía una costumbre.

En medio de esa demolición que no acababa de ocurrir, un fotógrafo disparaba con rapidez. Algo sucedía en los entretelones de la historia oficial, pero se necesitaba un testigo insólito para percibirlo. El cuadro de conjunto era el mismo de siempre: el PRI volvía a ganar las elecciones y Televisa daba la noticia. Sin embargo, el paisaje inerte tenía fisuras inquietantes. La fotografía depende del fragmento, de robos parciales. En los cambiantes encuadres de Gasparini lo real cobra otra dinámica, adquiere la contundencia de lo único. Paradoja de la imagen: lo que se mueve no sale en la foto, pero una vez retratado cobra dinamismo.

"Según la perspectiva que nos define como modernos", escribe Susan Sontag, "hay un número infinito de detalles. Las fotografías son detalles. Por lo tanto, las fotografías se parecen a la vida. Ser moderno es vivir, hechizado, por la salvaje autonomía del detalle". En sus repetidos viajes por México, Gasparini encontró territorios que no sabían que eran modernos y prestaban poca atención a sus detalles. En una época que parecía transcurrir para perpetuar el marasmo, el fotógrafo ejerció una mirada radical, encontró momentos de condensación para definir destinos. Algunos de esos hechos ocurrieron en la plaza pública; la mayoría, en las calles laterales y las encrucijadas donde transita, tumultuosa, la gente común.

Las fotos de tiempos recientes coexisten con los millones de imágenes que la gente capta en sus teléfonos celulares. En esta marea de la representación Gasparini logra el extraño milagro de que lo común se vuelva único; encuentra en la lógica del fragmento la singularidad genuina, lo inaudito que resume un tiempo y un espacio: un instante irrepetible simboliza una época que se resistía a tener símbolos.

En los años setenta del siglo pasado, el sistema político mexicano trató de cerrar las heridas del 68 con promesas de democracia: "México está cambiando". La frase se convirtió en lema de un dilatado episodio en que la familia, la Iglesia y el Estado aspiraron a algo distinto a condición de no averiguar qué era.

Los treinta años que van de 1970 a 2000 representaron la restauración crónica de lo mismo, una transición en cámara lenta, un capitalismo que se reiteraba con cambiante aspecto. Un baile de disfraces e ideologías. El nacionalismo, la libre competencia, el estatismo y aun el liberalismo social tuvieron su oportunidad en esa mascarada. El resultado fue un país estable

en la desigualdad, que se ahorró los efectos de una dictadura al elevado precio de carecer de una democracia auténtica. En este modelo rigurosamente vigilado, la forma de amasar riqueza dependió del tráfico de influencias, la mezcla entre lo público y lo privado. Hacer negocios fue un efecto secundario de tener influencias. Esto explica la insólita concentración de la riqueza. En México, los grandes empresarios tuvieron las ventajas combinadas del capitalismo salvaje y el proteccionismo estatal: mercado libre e insumos casi gratuitos.

El largo túnel hacia la democracia desembocó en el siglo XXI en un país con 14 millones de supermillonarios, 40 millones de pobres y 60 millones de indecisos sociales.

Durante años de siesta se soñó el cambio. Mientras tanto, aumentaron los contrastes entre la parte de la sociedad a la que le bastaba entrar a un *mall* para ingresar a Estados Unidos y la parte que nunca tendría zapatos para alejarse del neolítico. Mientras tanto, los ojos se asimilaban a la costumbre. Cuesta trabajo vivir en estado de permanente indignación. En consecuencia, nos acostumbramos a los contrastes, tendemos a difuminarlos, hasta que Gasparini aprieta el obturador y todo cambia.

Como en la célebre metáfora de Walter Benjamin, nuestro “progreso” no fue otra cosa que un vendaval confuso e incomprensible, una marea de saldos y desechos donde, de pronto, brillaba algo –un resto perdurable, una esperanza– y Gasparini mantenía el pulso firme.

Finalmente, en 2000 hubo alternancia en el poder. Con cierto retraso, México se transformó en la república prevista por la Constitución de 1917. A continuación, el “gobierno del cambio” encontró su propia manera de perpetuar el marasmo. Si acaso transformó la realidad, lo hizo hacia atrás, rumbo al tiempo anterior a la Revolución en que los privilegios y las discriminaciones no habían sido desafiados.

El enfermo de coma que despertara en el presente vería lo mismo pero un poco peor, un territorio donde la noción de “cambio” se sustituyó por la de “deterioro”, y donde lo nuevo es una ruina recién estrenada.

Segunda llamada: ¿no sería bueno vender México y comprar algo más pequeño cerca de París?

La nación del águila y la serpiente aceptó los vientos novedosos, sintió atractivos impulsos de ser distinta y se quedó como siempre, sólo que más rara. Así las cosas, el intento –siempre fallido– de sacrificarnos en el altar de las renovaciones produjo la costumbre de lo que ahora somos. Mientras la historia se reinventaba en Irán, Yugoslavia, la URSS o las autonomías españolas, nuestra nación se atrevió a vislumbrar cismas y rupturas, pero se arrepintió cuando el agua empezaba a hervir. Si algo caracteriza el pasado reciente es el triunfo del cambio como idea y su fracaso como realización. Un guión de vanguardia en manos de un director costumbrista.

Las razones, ya lo sabemos, obedecen a un conjunto de villanos invencibles. Si el mundo del cómic tiene a los Cuatro Fantásticos, nosotros tenemos a los Poderes Fáticos. El hecho de que así se nombren implica cierto grado de resignación. Hablamos de los responsables de la desgracia como si se tratara de una catástrofe ambiental, semejante a un tifón japonés o un tornado tejano.

¿Quiénes son los que aprietan el botón rojo en esta épica al revés para que no suceda nada? Los miembros más conspicuos de la banda de Poderes Fáticos son la jerarquía eclesiástica, el crimen organizado, los monopolios, el capital extranjero, los medios de comunicación, las mafias sindicales y el gobierno en turno. Saldos de todos ellos aparecen en las fotografías de Gasparini. La fe, la propaganda, el dinero, las armas, el delito y las antenas de la fama están presentes en sus imágenes. Pocos artistas han concedido tanta importancia a contrastar los rostros con el contexto en que sonríen o miran con perplejidad. Sus personajes viven en un mundo atravesado por la publicidad y sus lujurias, las iglesias y sus milagros eternamente pospuestos, las noticias y sus escándalos, la política y sus promesas ficticias.

¿Qué tan diferente es el México que se quitó de encima 71 años de Partido Oficial? Cambiaron los trámites, no las esencias. El poder monolítico del PRI fue sustituido por una confederación de autoritarismos. Los dueños de México, S. A. de C. V. no celebran pactos explícitos, pero una transformación los perjudicaría; por lo tanto, actúan para que nada se modifique y citan a Goethe sin saberlo: “detente, instante, eres tan hermoso”.

La idea de “nación” ha perdido fuerza en este entorno. “Sin maíz no hay país”, dice un *graffiti* en el lado mexicano de la barda que Estados Unidos construyó en la frontera. Aunque el gobierno conservador del PAN y los medios de comunicación sugieren que el “patrimonio nacional” es un atavismo digno de tiempos premodernos en que las iguanas se comían sin ketchup y que nada prospera sin privatización, hay quienes aún se identifican con los recursos propios: “Si Zapata viviera, con nosotros estuviera”.

En el México del tercer milenio, lo local y lo global se alejan de manera perniciosa y rara vez se tocan. Se necesita la mirada de Paolo Gasparini para que la publicidad *made in New York* coexista con indígenas intrigados por los códigos del consumo y para que las noticias de la prensa sean refutadas por la realidad que las rodea.

Dos novedades que el paciente encontraría al despertar de su coma: el país se ha puesto en venta y la calidad de vida implica el aislamiento. En un ámbito donde todo se privatiza y se remata, es un privilegio apartarse del resto. Para contar con espacios de mayor calidad se recurre a la neutralidad urbanística y se edifican fraccionamientos idénticos a los de otras ciudades donde vive la gente adinerada: la geografía de ninguna parte, el suburbio *deslocalizado*, el limbo corporativo cuyos neutros acabados tienen el agradable cometido de sugerir que no estás aquí.

La dinámica social se ha movido hacia la segregación. El aspecto físico y las pautas de consumo son un eficaz sistema de *apartheid*. En las grandes ciudades, los ricos se protegen por vía del aislamiento en *gated communities* –ciudadelas amuralladas con perros de ataque y guarderías supervisadas por video. Ahí, la relación con el espacio público se limita a cerrar calles y colocar casetas de vigilancia donde los visitantes, los sirvientes y los repartidores de pizza deben identificarse.

Desde un punto de vista simbólico, el “bienestar” tiene que ver con la exclusión: una casa de seguridad para el narco o un *country club* donde todos los socios son “como uno”.

En la cámara de Gasparini los escenarios que simulan pertenecer a otro país –más rico, más aséptico– se mezclan con la gente y la miseria que desean negar. En su lente, las mansiones del limbo son invadidas por la raza. Si la discriminación busca separar realidades, El Suplicante armado con una cá-

mara encuentra los rincones donde la geografía es atravesada por lo que pretende refutar: mexicanos con el agravante descarado de parecer mexicanos.

El impulso de apartarse de lo propio ha llegado al habla popular. Cuando algo no sale bien se dice que tiene calidad “región 4” (la zona de DVD referida a México). Lo bueno, lo protegido, lo garantizado, es lo que está lejos o al margen. Lo otro, la región 4, es el país, el erial de los pobres, la sede de los indios, los nacos, los mexicanos.

¿Qué sentido de pertenencia se puede tener en un entorno donde el éxito económico significa estar aparte? El dinero que circula en México proviene en su mayoría de tres fuentes que complican la idea de patrimonio: el narcotráfico, las remesas de los migrantes y el petróleo. Nada de esto tiene que ver con un proyecto duradero de país. El petróleo no es renovable y a falta de una política a largo plazo se discute su privatización; los paisanos que mandan dinero son la prueba del fracaso de una nación que no pudo retenerlos (llegará el momento en que todos sus parientes estén del otro lado y no tengan a quién mandarles dólares, o sólo mandarán los que sirvan para mantener las tumbas de sus antepasados); el crimen organizado controla más pistas de aterrizaje que la aviación civil (no sólo está al margen de la fiscalización, sino que se ha apoderado del cielo que los mayas escrutaban para planear sus siembras). El dinero no es resultado del desarrollo; sigue rutas evanescentes, transitorias o secretas, determinadas por el petróleo, la emigración y el narco.

En un territorio de segregaciones Gasparini ofrece híbridos provocadores sin alterar la realidad ni pedir auxilio al *photoshop*. Los distintos mapas que llamamos “México” se cruzan más de lo que suponemos, pero no podemos verlo. Gasparini enfoca países cruzados: la turgente modelo retratada con el código erótico de Park Avenue adorna una calle donde las más favorecidas son las ratas.

A Gasparini le gusta desnudar lo real pero también comentarlo. Atrapa espacios que pretendían no ser vistos y discute la manera en que son representados. Viajamos por México pero también por los discursos que aspiran a justificar la realidad: los lemas de campaña, los encabezados de los periódicos, los eslogans de la publicidad, las vitrinas de las tiendas.

El fotógrafo concede un papel central a los testigos. Sus fotos están llenas de ojos que opinan con la mirada y descubren las minucias radicales, ruido-

sas, desafiantes, de un mundo que sin ellos estaría aletargado. Imágenes de gente que mira imágenes.

Tercera llamada: ¿hacia dónde está México?

Después de beber su primer jugo de naranja, el enfermo que resucitara en el México de hoy reconocería temas agravados por el tiempo. Una rápida lectura al periódico lo pondría en contacto con la desigualdad social, la inseguridad, la falta de contundencia de los delanteros, la incapacidad de orientarse de los taxistas y la tendencia del tráfico a competir con la eternidad. Un *blues* de Guillermo Briseño sonaría como la perfecta antropología del momento: "Qué mala onda".

Antes de que el recién resucitado se diera su primera ducha, ya sabría que el PRI perdió en las urnas pero no en las almas. Para colmo, el regreso del antiguo Partido Oficial no puede descartarse. Los muertos viven horas extra en el país de *Pedro Páramo*.

¿No habrá algún motivo de optimismo para el hombre que estrena pijama después de años desnudo entre las sábanas? ¿En verdad no hemos hecho algo digno de dejar huella?

El balance de estas décadas para zombis no puede ser satisfactorio: haberlas vivido no produce ni el alivio del arduo superviviente ni el orgullo de quien atestiguó la épica. Y sin embargo, el mayor misterio del periodo es que en muchos momentos nos la pasamos bastante bien. La sociedad está lastimada, pero la comunidad goza de cabal salud. La parálisis de los acontecimientos es compensada por el espíritu festivo: ¿para qué resolver si podemos celebrar? La honesta revisión de la patria no puede ser encomiable, pero en los extraños sondeos que se hacen sobre índices de felicidad, México califica muy alto.

De acuerdo con Reporteros sin Fronteras, habitamos el país más peligroso para ejercer el periodismo, por encima de Irak. De acuerdo con la ONU, la población está muy contenta. ¿Es posible combinar el riesgo de atestiguar los hechos con el gusto por la fiesta? México es el sitio donde las lastimaduras de la realidad se combaten con la fantasía del relajo. La rueda de la fortuna en la que Malcolm Lowry encontró el paraíso y el infierno gira sin parar.

La cámara de Gasparini dispone de lentes movedizos para captar las oposiciones de la vida mexicana y, sobre todo, la forma en que se funden. No es que el carnaval releve al apocalipsis, sino que ambos ocurren al mismo tiempo. En ocasiones cuesta saber qué es desmadre y qué es oprobio. Describir esta intensidad exige expresiones que sólo pueden ser contradictorias: "belleza intoxicada", "fiero júbilo", "dolida esperanza".

Sería un error atribuir nuestra capacidad de gozar en la tormenta a un masoquismo de alta escuela. Nuestra crítica de lo real es tan genuina como nuestro deseo de comer antojitos.

En las fotos de Gasparini abunda el disfrute, pero también el deseo de resistencia. La imaginación rebelde no ha desaparecido de la vida mexicana. El ultraje en cámara lenta no logró narcotizar a todos sus testigos. México también es sede de manifestaciones, mítines, levantamientos, sueños de cambiarlo todo. "Chiapas", "Zapata", "Revolución" son algo más que nombres de calles o avenidas. Los impulsos de renovación han sido suprimidos por medios legales o ilegales, pero la apatía dominante y la controlada difusión de la anestesia (de la televisión a las conferencias de prensa de los políticos), no han impedido que el país sea tierra de inconformes.

Gasparini ha captado las causas del descontento y las reacciones que provoca en quienes se atreven a refutar la realidad. Los testigos que comparecen en sus fotos son piezas del futuro, rebeldes que miran una luz distinta. En su safari de detalles, capta instantes que anudan tiempos: lo que ha sido anuncia lo que será.

El ignorado porvenir ya duerme en estas fotos.

Cuarta llamada (nuestro teatro es impuntual):

"Te vas y te vas y no te has ido" o "No te olvides de traer refrescos"

En México la desgracia no frena el jolgorio y a veces incluso lo propicia, según prueban los elaborados chistes que se cuentan en los velorios y los opíparos banquetes de Día de Muertos. ¿Qué justifica la vitalidad que Gasparini registra en entornos que parecerían negar toda opción de felicidad?

Practicar algo "a la mexicana" es una promesa de ilegalidad o desastre. Sabemos esto sin sentirnos traidores a la patria. Pero cuando vamos de viaje

empacamos la bandera junto al traje de baño, convencidos de que como México no hay dos. Escarnio y orgullo del lugar de pertenencia. Reacciones típicas de un ámbito donde los platillos son demasiado picantes y los postres demasiado dulces.

El nacionalismo fiestero que el mexicano pone en práctica no depende de las noticias ni de los logros históricos. Tampoco es un proyecto defensivo contra el invasor (el improbable "Masiosare" que los niños creen descubrir en el himno nacional). Es otra cosa: un sentido doméstico de la compañía, el placer de socializar alaridos, llantos, cohetes, carcajadas. Convencidos de que los grandes sucesos no son lo nuestro, hemos desplazado la visión de la historia: lo importante no son los protagonistas, sino el público, la tribuna, el patio, la casa donde repartimos pepitas y elotes, dispuestos a superar los maltratos de la realidad sin otro argumento que satisfacer los cinco sentidos.

La "mexicana alegría" solo existe de a montón, en el tejido múltiple de lo gregario. La eterna oposición entre "sociedad" y "comunidad" encontró en México un ejemplo de laboratorio para que los sociólogos distinguan nuestra lastimada *Gesellschaft* de nuestra tonificante *Gemeinschaft*. Nos va mal con las normas, pero somos expertos en perpetuar valores tribales. Aquí las leyes nunca tienen la importancia del rumor.

En el México que aspira a ser idéntico a sí mismo, la mejor forma de enfrentar las transformaciones es la posposición. Nuestro lema societario podría ser: "Proyecto que no se ejecuta, se convierte en tradición". O lo que es lo mismo: en lo que cambia la sociedad, podemos hacer migas en la comunidad.

Esto en modo alguno implica que nos divirtamos en santa paz. En el país de Frida y José Alfredo, los disfrutes autóctonos colindan con la herida y el desgarramiento. De *Muerte sin fin* a las corrosivas intensidades del chile, el tequila, el mariachi y los toques eléctricos hemos buscado eficaces lesiones placenteras.

Nuestro pantano político brinda un marco ideal para un jolgorio en el apocalipsis. Mientras el relato de lo público zozobra sin avanzar, los rituales del gusto cortejan la aniquilación sin consumarla y convidan a la "huesuda" confiando en que sea impuntual (o al menos desorientada y llegue con los vecinos).

Las rondas de la existencia y la muerte nos han llevado a promover renovaciones que de tan profundas no se llevarán a cabo y deleites que parecen una forma del exterminio pero se suspenden cuando dejan de ser sabrosos.

La inerte vida pública y la desafortunada vida comunitaria anudan nuestro calendario hasta transfigurar el paso de las horas. ¿Para qué tener historia si aquí los instantes duran milenios?

La no reelección se convirtió en el principio fundador de la república para que pudiéramos refutarlo en las demás áreas de la vida. Las últimas décadas han sido un vasto reciclaje: lo caducado (desde un pollo hasta una ampollita de penicilina) se revende, los trámites se someten a la mitología de lo que no tiene principio ni fin, el almuerzo sólo tiene éxito si dura seis horas, un tamal de respeto se prepara a lo largo de una semana y la basura de hoy es el adorno de mañana (un árbol se decora con chicles masticados y los cables de luz con zapatos viejos).

Es posible que el mayor aprendizaje de quien sale de coma para revisar lo que hicimos sea el siguiente: en México la vida privada eterniza sus intensidades y la historia duerme la siesta, aunque algunos ya afinen sus instrumentos para cantarle "Las mañanitas". Quizá en el futuro sean mayoría, con esas cosas nunca se sabe.

Nuestro destino se parece a las misteriosas fases de toda fiesta mexicana: primero se acaba el hielo, luego se acaba el agua mineral, más tarde se acaban los refrescos, pero nunca se acaba el chupe.

En el país donde todo se agota, resiste lo más importante.

Paolo Gasparini detecta lo que habrá de perdurar, se adentra en la selva de los signos, busca la imagen dolorosa y la sonrisa cómplice, las causas del ultraje y los motivos del placer, traza una secuencia en la que un país inagotable parece caber entero, y aprieta el obturador como sólo puede hacerlo El Suplicante, que interroga y desafía.

¿Dónde están las respuestas?

En los ojos que saben mirar estas imágenes.